

DISCURSO DEL HON. RAFAEL HERNANDEZ COLON,
GOBERNADOR DE PUERTO RICO, ANTE LA ASOCIACION DE
EJECUTIVOS DE VENTA Y MERCADEO - 20 MARZO 1976

Siempre es grato concurrir a un aniversario. Los años cumplidos son las marcas palpables del desarrollo de las cosas y de los individuos. Aquellos de ustedes que hayan visto año tras año a la Asociación de Ejecutivos de Venta y Mercadeo crecer, podrán ver cuán diferente es hoy, a su edad adulta, de la criaturita que salió en forma de idea de la mente de alguna persona con visión que comprendió temprano la importancia de trabajar juntos, de compartir, de luchar codo con codo junto al prójimo hacia objetivos comunes. Y hoy vemos en esta pujante organización el resultado de aquel pensamiento, que toma más relevancia que nunca en la vida puertorriqueña de hoy cuando tanto de nuestra personalidad, de nuestro carácter, de nuestra entereza de pueblo queda puesto a prueba, y tantas circunstancias exigen de nosotros la más completa unidad de propósito.

Esta Asociación celebra sus veinticinco años hoy y es también esa una edad muy significativa en relación con la historia de Puerto Rico. Muchas otras instituciones que son puntales de nuestra sociedad hoy también tienen más o menos la misma edad, declarando inequívocamente que son hijas de una época determinada que empieza en el 1940 cuando comienza la gran revolución pacífica de Puerto Rico.

Hoy esa revolución y el progreso que trajo consigo para todos los puertorriqueños ha llegado a una meseta que demanda imperativamente un resurgimiento, un nuevo impulso, una renovación del compromiso que todos compartimos de seguir mejorando la posición y la calidad del puertorriqueño en todos los órdenes. Me gustaría ver este banquete, pues, más que como un cumpleaños, como un símbolo de un nacimiento, una nueva vida, una renovación de ese compromiso que tenemos con el destino de nuestro pueblo.

Este momento también nos da oportunidad de reflexionar. Nos invita a que nos preguntemos si estamos bien orientados en cuanto al momento y las circunstancias en que vivimos; en cuanto a nuestra realidad; nos reta a que nos preguntemos si estamos listos para el futuro, y si entendemos las particulares demandas que ese futuro nos hará a todos nosotros. Estos son tiempos diferentes, tiempos más difíciles que nos exigen que tracemos para nosotros y para nuestros hijos una política mejor y diferente.

Tengo la firme convicción de que la primera y esencial cualidad que aquilata la capacidad de un líder en este momento es su aceptación de la realidad de los tiempos que vivimos y su determinación de bregar con esa realidad y conquistar con verdad y sin ilusión cualquier dificultad que se presente. Es funesto inventar una política de fantasía para producirle un sosiego artificial a un pueblo que lo que necesita es ponerse en pie de lucha y que esté dispuesto a ella. Rehuir la verdad y presentar

en su lugar fantasías apetecibles es la mejor manera de demostrar incapacidad para entender a nuestra gente y a nuestra historia.

Dejar de decir la verdad porque ella nos resulte dura y poco agradable es desconfiar del pueblo de Puerto Rico, subestimarle y pedirle que se olvide de sus tradiciones, de los logros de los que han construido lo que hay en esta Isla, logros obtenidos contra grandes probabilidades por medio del sudor, del sacrificio y del trabajo.

En estos años pasados nos hemos sostenido por nuestra fortaleza como pueblo y por la confianza que con todo derecho tenemos en nosotros mismos. Su crisis económica mundial ha sido particularmente severa para con todas las áreas que dependen de la importancia de petróleo y que no son autosuficientes en la producción de comestibles. Puerto Rico, debido a su notable escasez de recursos naturales y a su alta densidad poblacional, ha sido particularmente perjudicado. Esta crisis nos afectó a todos, no importa en qué nivel económico nos encontramos. Al Gobierno se le hizo difícil continuar brindando servicios esenciales; la familia se vio obligada a economizar, a prescindir de cosas no muy necesarias de manera que pudieran sufragarse los costos de aquellas que eran imprescindibles.

Nadie preferiría gobernar en una época así, cuando las circunstancias achican los recursos disponibles, tanto en el sector

público como en el sector privado, pero esa fue la época que nos tocó y podemos mantener nuestra cabeza erguida porque juntos hemos logrado bastante, en circunstancias de las más difíciles, y en todo tiempo nos hemos enfrentado a estas dificultades con honradez, compartiendo con el pueblo los hechos de nuestra situación, confiando en su habilidad para soportar la adversidad y para entender la naturaleza de las dificultades económicas que se nos presentaron. Esto no lo habríamos podido hacer sin un entendimiento cabal de nuestra realidad y de nuestras circunstancias.

Hemos dirigido a Puerto Rico a través de sus momentos más difíciles y no siempre tuvimos todo el apoyo que pudimos haber tenido. La alta politización de nuestro ambiente hace que con frecuencia muchos olvidemos que en la causa común de la vida, de la supervivencia del bienestar y la felicidad del ser somos y siempre seremos todos hermanos, todos puertorriqueños.

Por esa extrema politización pero también por falta de entendimiento de las circunstancias nuestras, de nuestra realidad, es que algunos de entre nosotros han actuado de manera equivocada en ocasiones importantes, entorpeciendo algunos esfuerzos que tenían que ser comunes y necesitaban el respaldo total del pueblo o desacreditando unas acciones que no tenían alternativa y que iban dirigidas al bienestar de todos.

La realidad es que en ésto estamos juntos. Y juntos, con plena confianza en nosotros mismos, debemos prepararnos para hacer innovaciones y para determinar la iniciación de programas que nos lleven a la solución de nuestros problemas de siempre que en ocasiones se nos han hecho más difíciles debido a sucesos recientes, lejos de nuestras playas y fuera de nuestro control.

No ha habido manera de que Puerto Rico pudiera escapar a la inflación mundial, pero hemos reducido su impacto y mitigado sus consecuencias sobre aquellos que menos estaban en condiciones de soportarlas. La tasa de inflación fue reducida en la mitad aquí en 1975. Fue reducida porque hubo el valor y la visión de implantar en detalle un programa para bregar con la inflación y sus efectos en Puerto Rico.

La misma sencilla verdad se aplica también al desempleo. Ese mal no se puede disipar con retórica ni meramente con desear que se elimine; hay que enfrentarlo con imaginación, con tesón y con voluntad de realizar el trabajo duro que se requiere para que triunfe. Hemos delineado y empezado a dar pasos para poner bajo control el desempleo. El Programa de Derecho al Trabajo ha sido expandido dramáticamente hasta el punto en que para fines del presente año fiscal, 100,000 puertorriqueños habían sido adiestrados y empleados a través de dicho programa. El Programa de Fomento Económico ha sido fortalecido y hemos empezado a

darle una nueva base; más de la mitad de las industrias nuevas promovidas por Fomento en la segunda mitad del año pasado fueron formadas con capital puertorriqueño.

La agricultura ha sido colocada nuevamente en su posición como un componente principal de la economía puertorriqueña; cuando finalice el presente año fiscal la producción agrícola mostrará un aumento real neto de 12 por ciento. Aunque uno quisiera no podría exagerar la importancia de este logro. Cada aumento en el sector agrícola representa nuevos empleos, una mayor autosuficiencia de nuestra parte; un menoscabo de las presiones inflacionarias y una alternativa a la vida en nuestras abarrotadas ciudades.

No podemos, sin embargo, resolver todas nuestras dificultades económicas mediante la expansión y revisión de unas técnicas que ya se han usado. Tenemos que buscar y desarrollar medios completamente nuevos para ensanchar nuestra economía. Por eso hemos propuesto la creación de una economía paralela a la que existe en la Isla. La economía paralela estaría integrada a nuestra estructura económica mediante un sistema de cooperativas de adiestramiento y trabajo que pondría en actividad productiva a muchos jóvenes que ahora no tienen empleo ni están yendo a la escuela. Al alcanzar su cenit este programa tendrá 30,000 jóvenes trabajando, entrenándose que de otra forma estarían desempleados y expuestos a la delincuencia y al vicio de las drogas.

Esa es la razón por la cual buscamos nuevas maneras de organizar la producción, mejores maneras de relacionar al trabajador con el producto final de su esfuerzo y formas más eficientes para mantener al trabajador más cerca de su hogar. Así como nos ha sido posible alcanzar progreso en el sector agrícola mediante la revitalización de fincas pequeñas, también es posible crear pequeñas industrias que pueden funcionar en el hogar o cerca de donde vivan grupos de familias, produciendo artículos simples y de uso común como objetos de cerámica y otros de las artes manuales, bien individualmente o en grupos asistidos por el gobierno y con acceso a una unidad central para la compra de materiales, de manera que la producción sea eficiente y se establezca un mercado para los productos. Así poco a poco nos iremos moviendo hacia el momento en que innumerables familias constituyan ellas unidades independientes de producción, y estaremos más próximos al día cuando la base económica de esta Isla sea revitalizada por numerosos empresarios pequeños cada uno de los cuales será su propio patrono.

Estas medidas económicas nos ofrecen la oportunidad de crear una nueva, más diversificada y más equitativa estructura financiera para el pueblo de Puerto Rico. De por sí, desde luego, estas medidas no son suficientes para vencer el desempleo y por eso es necesario que usemos constantemente los recursos de la imaginación para diseñar nuevos programas y movernos de manera decisiva hacia dondequiera que haya falta de acción para corregir inequidades en el sector económico.

Más allá de nuestras preocupaciones materiales, sin embargo, y nuestra lucha por una vida económica mejor para todos los puertorriqueños, tenemos que recordar constantemente la necesidad de desarrollar una sociedad que abarque los valores espirituales y que le permita a cada individuo desarrollarse hasta el máximo de su potencialidad.

El Gobierno puede y debe ser el mayor instrumento en el desarrollo de esa clase de sociedad. Pero para eso requiere mucho más agilidad y eficiencia de las que tiene. Por eso es que he propuesto la reorganización completa de la rama ejecutiva de nuestro gobierno. Cada uno de nosotros tiene el derecho de esperar que su gobierno gaste nuestro dinero sabiamente, y cada uno de nosotros tiene el derecho de que aquellas demandas legítimas que se le hacen al gobierno no se extravíen entre el papeleo ni se atoren en la negligencia, sino que se atiendan con rapidez y eficiencia. Es solamente cuando hayamos afinado el rol del gobierno hasta el más claro tono de eficiencia, lo hayamos despojado de barriga y de grasa excesiva, convirtiéndolo en un campeón al servicio del pueblo, que podemos esperar tomar el liderazgo que tenemos que ejercer en un momento en que es esencial una política de austeridad y de mayor productividad para que Puerto Rico se pueda enfrentar con seguridad al futuro.

Estos tiempos exigen mucho de parte de todos. Nos presentan cambios y nos presentan retos pero sobre todo nos presentan oportunidad. Ninguno de nosotros sabe lo que traerá el mañana; nos

está permitido solamente tener la certeza de que la historia no procede en un curso inalterable o fijo. Se pliega a nuestro esfuerzo, responde a nuestra fuerza y a nuestro coraje, pero sólo si persistimos, si perseveramos.

El camino está claro, y sabemos que es duro; pero no es más duro que la resistencia y el valor y la voluntad de este pueblo; y lo ablandaremos, no con promesas o palabras bonitas, sino con sudor y con esfuerzo.

